

EL REVES DEL CALCETIN

No sé para cuándo se quedan los «Despachos del otro mundo». ¿En qué estarán pensando Felipe II y Napoleón? El estupor, sin duda, no les ha permitido comunicarnos su «autorizado dictamen» acerca de la peregrina coyunda en que los ha enlazado D. Juan Vázquez de Mella, declarando al emperador Guillermo II ejecutor testamentario de entrambos personajes históricos.

Lástima será también que nos quedemos sin saber qué gesto habrá sido el del emperador luterano y alemán al encontrarse con ese singular diploma. Porque claro está que el Kaiser Wilhelm habrá tenido cabal noticia del inesperado agasajo. Para algo la colonia alemana de Madrid se ha gastado cerca de 3.000 pesetas en enviar a Berlín por el telégrafo sin hilos lo más saliente del discurso pronunciado en la Zarzuela por nuestro germanófilo y anglófono orador.

¡Famoso comodín el de la excelsa Clio! La Historia es más elástica que una camiseta de punto. Y como cierta salsa que usan en las fondas, se acomoda admirablemente a los guisotes más contradictorios. Manipulada la Historia por un artista de la palabra como Mella, es una especie de maná—y no se quejará D. Juan de la bíblica comparación—que tiene, a gusto del consumidor, el sabor que se le quiera dar.

Los personajes que fueron, como no han de recusar las comparaciones, sirven también para todas las que quiera imaginar un retórico rutilante. Lo mismo que de Felipe II y de Napoleón, ha podido D. Juan declarar al Kaiser testamentario de Lagartijo y Frascuelo. ¿Por qué? Por lo magistralmente que torea a los Miuras que le acosan, y porque se está manifestando como un infatigable matador.

La misión que la anglofobia de Mella atribuye al emperador alemán es la de resarcir a Felipe II del fracaso de la Invencible y vengar a Napoleón de su cautiverio en Santa Elena. Está bien; pero el testamentario tiene que empezar por hacer astillas el poderío británico... Si lo consiguiera y se enterasen del triunfo el hombre del Escorial y el hombre de Waterloo, al ver que la función no era en modo alguno a beneficio de la Monarquía española y mucho menos en provecho de ningún Bonaparte disponible para el trono francés, exclamarían encogiéndose de hombros (si es que los espíritus gastan omoplatos):

—Y a nosotros ¿qué? Para ese viaje no hacia falta llevar en las alforjas nuestros testamentos.

Es muy dudoso que el archicatólico rey Felipe esté intercediendo con el Altísimo para que dé la victoria a un luterano irreconciliable, y aliado, por añadidura, del Gran Turco. Y lo que es el «Ogro de Córcega» tampoco es fácil que esté influyendo con Satanás para que el diabólico imperio del mundo con que él soñó se lo calce ahora el rey de Prusia.

Del cual rey y emperador será gran lástima, como queda dicho, que no sepamos los curiosos cómo ha recibido las alabanzas en general del Sr. Mella, y en particular la misión testamentaria que le otonga el elocuente tribuno... sin contar con los testadores. ¡Ah, señor D. Juan! Eso es llevar algo lejos las funciones notariales.

Guillermo II, como persona bien educada, claro está que agradecerá el favor; más ¿cómo le sentará el desfavor? Porque desfavor para el soberano esencialmente herético es suponerle ejecutor de la última voluntad del *demonio del Mediodía*, según denominaron a Felipe II los herejes alemanes de su tiempo y según siguen denominándole en Alemania los que más han contribuido a desfigurar la verdadera fisonomía del marido de María Tudor, reina de Inglaterra. Y mayor desfavor todavía el de suponer albacea histórico de Napoleón al biznieto de aquella reina Luisa de Prusia, a quien el insaciable tragatrones inflirió humillaciones y agravios, que todavía y con qué dureza! está vengando la familia de Hohenzollern.

La intención de nuestro orador germanófilo y anglófono, desde su doble punto de vista, tiene que ser loable y estimable para el Kaiser Wilhelm; pero es lo que diría su majestad autótona, si poseyera nuestro idioma:

¡Me ha servido usted el almíbar

revuelto con el acíbar!

Amarga evocación es para el imperialismo germánico la evocación de Felipe II y Napoleón; porque la verdad es—y no hay retóricos para desmentirla—que el imperialismo hispánico concluyó en punta, y el imperialismo francés terriblemente tronchado.

Hay elogios y comparaciones que se pueden volver del revés mejor que un par de guantes y tan fácilmente como un par de calcetines.

Un crítico socarrón comparó una vez a cierto ingenio chirle que había por estos Madriles nada menos que con Quevedo y con Voltaire.

Se le reprochó el descompasado bombo, y el crítico replicó para excusarse:

—He comparado a Fulano con Voltaire,

porque Voltaire nunca supo escribir en castellano, y con Quevedo... porque lo tengo

montado en las narices.

Mariano de Cavia

Todo lo relativo a la colaboración política y literaria de EL IMPARCIAL es de la exclusiva competencia de su director.

EL IMPARCIAL sólo publicará los trabajos de colaboración que su director solicite.

No se devuelven los originales que se reciban si se mantiene correspondencia acerca de ellos.